

LA FÁBRICA DEL ODIO. XENOFOBIA Y RACISMO EN EUROPA.

The Hate Factory. Xenophobia and Racism in Europe

ENZO TRAVERSO*

enzo.traverso@gmail.com

El racismo y la xenofobia no son residuos de un “pasado que no pasa”, arcaísmos que sobreviven a la desaparición de las condiciones que los hicieron posibles. Los cataclismos del siglo XX no nos han vacunado contra la tentación de estigmatizar, contra el hábito de excluir y a veces contra el placer de odiar a la diversidad. Desde este punto de vista, la xenofobia contemporánea está profundamente ligada a la historia del racismo, sustrato de una modernidad que modifica su morfología, pero no su función. Así pues, es necesario historizar la fábrica racista de la alteridad, si queremos comprender cómo se perpetúa hasta hoy. El racismo es considerado a menudo como un tipo de patología y no como una *norma* de la modernidad. Tenemos que saber que para combatirlo, es necesario cuestionar un orden social y un modelo de civilización y no sólo una de sus deformaciones o distorsiones. Sería preciso, entonces, partir de la constatación de que el éxito del racismo y la xenofobia no se debe a su veracidad o su capacidad de describir objetivamente lo real (a lo que aportarían respuestas falsas o inaceptables desde un punto de vista ético, de acuerdo con un viejo cliché), sino a su efectividad, a su carácter *operativo*. El racismo y la xenofobia son un proceso de construcción simbólica del enemigo –inventado en tanto que figura negativa– para satisfacer una búsqueda de identidad, un deseo de pertenencia, una necesidad de seguridad y protección. Revelar sus mecanismos y exponer sus mentiras es, ciertamente, necesario, pero no suficiente (y a menudo inútil), debido a que su influencia no se basa ni en las virtudes cognitivas ni en los argumentos racionales –incluso cuando se presentan como un discurso “objetivo”–, sino en un dispositivo compensatorio, en la búsqueda de un chivo expiatorio.

* Universidad de Picardía.

Nacido hacia finales del siglo XVIII, tras realizar una simbiosis con el colonialismo y el nacionalismo modernos, el racismo alcanzó su apogeo en el siglo pasado, cuando la confluencia entre el fascismo y el antisemitismo conoció en la Alemania nazi un epílogo exterminador. Según una intuición formulada una vez por Pierre-André Taguieff –que en la actualidad se ha pasado con armas y bagajes a la derecha neoconservadora–, el discurso racista contemporáneo ha sufrido una verdadera metamorfosis, abandonando su orientación jerárquica y “racialista” (según el viejo modelo de Gobineau, Chamberlain, Vacher de Lapouge o Lombroso) para convertirse en diferencialista y culturalista. Dicho de otra manera, se ha pasado de la “ciencia de las razas” al etnocentrismo¹. Estos cambios, sin embargo, no modifican el antiguo mecanismo de rechazo social y de exclusión moral que Erving Goffman resumió por medio del concepto de *estigma*². Durante los años 90 del pasado siglo el racismo reapareció con fuerza en Europa, no afectado en absoluto por la difusión de las liturgias oficiales que llevaban ritualmente a las autoridades políticas y religiosas a comunicar sobre el “deber de memoria” y enviaban a los adolescentes de nuestros institutos a visitar los lugares de los campos de exterminio nazis. Si el racismo se ha vuelto a colocar en el centro de atención no es “a causa de la inmigración”, según un cliché bien conocido, sino porque, como ha escrito Alberto Burgio, pertenece al “código genético de la modernidad europea”³.

Sin embargo, el racismo se perpetúa gracias a un cambio de imagen y añadiendo nuevos registros a su “archivo” inagotable de exclusión y odio. Hoy no se da la imbricación de racismo y fascismo, nacionalismo y antisemitismo, que se produjo en Europa en la primera mitad del siglo XX. El nacionalismo y el antisemitismo siguen proliferando en los nuevos países miembros de la Unión Europea, donde se puede volver a conectar con una historia interrumpida en 1945 y nutrirse de los resentimientos acumulados durante cuatro decenios de “socialismo real”. En esta parte del continente, reivindican un entronque con las dictaduras de los años 30 del siglo pasado, como es el caso de Jobbik en Hungría, que retoma la herencia del Partido de la Cruz Flechada y cultiva la memoria del mariscal Horthy, o desentieran una antigua mitología revanchista y expansionista, como el Partido de la Gran Rumanía o el Partido Croata de los Derechos (HSP), continuador del movimiento Ustasha de Ante Pavelic. En Europa occidental, sin embargo, el fascismo, en cuan-

¹ Pierre-André TAGUIEFF, *La force du préjugé*, Paris: La Découverte, 1988.

² Erving GOFFMAN, *Stigmate. Les usages sociaux des handicaps*, Paris: Éditions de Minuit, 1975.

³ Alberto BURGIO, *Nonostante Auschwitz. Il « ritorno » del razzismo in Europa*, Derive Approdi, Rome, 2010.

to fuerza política organizada, es prácticamente inexistente en los países que han sido su cuna histórica. En Alemania, la influencia de los movimientos neonazis sobre la opinión pública es prácticamente nula. En España, donde el legado del franquismo ha sido recogido por el Partido Popular, nacional-católico y conservador, los falangistas son una especie en vías de extinción. En Italia hemos asistido a un fenómeno paradójico: la rehabilitación del fascismo en el discurso público e incluso en la conciencia histórica de un segmento significativo de la población –el antifascismo era el código genético de la “Primera República”, no de la Italia de Berlusconi– ha coincidido con una metamorfosis profunda de los herederos de Mussolini. Futuro y Libertad, el partido que acaba de lanzar su líder, Gianfranco Fini, se presenta como una derecha liberal, reformista y “progresista” que ataca el conservador político de Berlusconi y el obscurantismo cultural de la Liga Norte. Mientras se sitúa más a la derecha en la escena política francesa, el Frente Nacional intenta escapar, bajo el impulso de la Marine Le Pen, a la imagen tradicional de una extrema derecha formada de partisanos de la Revolución Nacional, de integristas católicos y de nostálgicos de la Argelia francesa. Si permanece en su seno una componente fascista, ya no es hegemónico hoy día. Durante su último congreso el Frente Nacional se ha embarcado en un ejercicio inédito de renovación de su lenguaje, adoptando una retórica republicana que no pertenece de ninguna manera a su tradición. Si el hecho de que Marine Le Pen haya sucedido a su padre muestra una voluntad de continuidad, que adquiere los rasgos de un traspaso dinástico, también testimonia una voluntad indiscutible de renovación: ningún movimiento fascista clásico ha confiado nunca su *leadership* a una mujer. La decadencia de la tradición fascista, sin embargo, deja el espacio para el desarrollo de un nuevo tipo de extrema derecha, cuya ideología incluye las mutaciones del siglo XXI. El politólogo Jean-Yves Camus ha sido uno de los primeros en captar los rasgos inéditos: el abandono del culto al Estado en beneficio de una visión del mundo neoliberal centrada en la crítica del Estado Providencia, la rebelión fiscal, la desregulación económica y la valorización de las libertades individuales, opuestas a toda interferencia estatal⁴. El rechazo de la democracia –o su interpretación en un sentido plebiscitario o autoritario– no siempre va acompañado del nacionalismo que, en ciertos casos, es sustituido por formas de etnocentrismo que cuestionan el modelo de Estado-nación, como muestra la Liga Norte italiana o la extrema derecha flamenca.

⁴ Jean-Yves CAMUS, “Du fascisme au national-populisme. Métamorphoses de l’extrême droite en Europe”, *Le Monde diplomatique*, mai 2002.

Por otro lado, el nacionalismo adquiere la forma de una defensa de Occidente amenazado por la mundialización y el choque de civilizaciones. El cóctel singular de xenofobia, de individualismo, de defensa de los derechos de las mujeres y de la homosexualidad asumida, que Pim Fortuyn ha maquinado en los Países Bajos en 2002, fue la clave de un avance electoral sostenible. Rasgos similares caracterizan a otros movimientos políticos del Norte de Europa como el Vlamms Belang de Bélgica, el Partido Popular danés y la extrema derecha sueca, que acaba de hacer su entrada en el Parlamento de Estocolmo. Pero también los encontramos –aunque mezclada con estereotipos más tradicionalistas– en el Partido Liberal de Austria (cuyo líder carismático fue Jörg Haider), que se impuso, tras las elecciones de octubre pasado, como la segunda fuerza política en Viena (27% de los votos).

El elemento unificador de esta nueva extrema derecha reside en la xenofobia, dada a conocer como un rechazo violento de los inmigrantes. El inmigrante de nuestro días es el heredero de las “clases peligrosas” del siglo XIX, dibujadas por las ciencias sociales positivistas de la época como un receptáculo de todas las patologías sociales, del alcoholismo a la criminalidad y la prostitución, incluso hasta de epidemias como el cólera⁵. Estos estereotipos –a menudo condensados en una representación del extranjero de rasgos psíquicos y físicos bien marcados– derivan de un imaginario orientalista y colonial que siempre ha permitido definir, *negativamente*, las identidades inciertas y frágiles, basadas en el temor frente al “otro”, siempre percibido como el “invasor” y el “enemigo”. En la Europa de nuestros días, el emigrante adquiere esencialmente los rasgos del musulmán. La islamofobia juega hoy para el nuevo racismo el papel que una vez ejerció el antisemitismo para los nacionalismos y los fascismos antes de la Segunda Guerra mundial. La memoria de la Shoah –una percepción histórica del antisemitismo bajo el prisma de su resultado genocida– tiende a oscurecer estas analogías todavía evidentes. El retrato del arabomusulmán dibujado por la xenofobia contemporánea no difiere mucho del retrato del judío construido por el antisemitismo al inicio del siglo XIX. Las barbas, las filacterias y caftanes de los judíos inmigrados de la Europa central y oriental del pasado se corresponden con las barbas y los velos de los musulmanes de nuestros días. En los dos casos, las prácticas religiosas, culturales, en el vestir y la alimentación, de una minoría han sido movilizadas con la finalidad de construir el estereotipo negativo de un cuerpo extraño e inasimilable a la comunidad nacional. De

⁵ Louis CHEVALIER, *Classes laborieuses et classes dangereuses*, Paris: Perrin, 2007 (ed. orig. 1958).

este modo el Judaísmo y el islam funcionan como las metáforas negativas la alteridad: hace un siglo, el judío dibujado por la iconografía popular tenía forzosamente una nariz aguileña y unas orejas despegadas, lo mismo que hoy el Islam se identifica con el burka, incluso aunque el 99,99% de las mujeres musulmanas que viven en Europa no llevan el velo integral. En el plano político, el espectro del terrorismo islamista ha reemplazado al del judeo-bolchevismo. Hoy en día, el antisemitismo sigue siendo un rasgo distintivo de los nacionalismos de Europa central, donde el Islam es casi inexistente y el giro de 1989 a revitalizado los viejos demonios (siempre presentes, incluso allí donde ya no hay judíos), pero casi ha desaparecido de los discursos de extrema derecha occidental (que a veces muestra su simpatía hacia Israel). En los Países Bajos, Geert Wilders ha hecho de la lucha contra el “islamo-fascismo” su negocio. Consultados por referéndum, 57% de los suizos se pronunciaron el 28 de noviembre a favor de prohibir los minaretes. Hasta el presente, sólo cuatro de 150 mezquitas tenían un minarete en la confederación helvética: este umbral permanecerá irrebutable. Tanto en Italia como en Francia se levantado voces diversas para proponer medidas análogas, mostrando que, lejos de ser una moda pasajera de la derecha xenófoba y populista suiza, la voluntad de estigmatizar al Islam afecta a Europa en su conjunto. Shlomo Sand tiene razón al subrayar que la islamofobia constituye hoy un cemento de Europa –de la que no se deja de recordar la matriz “judeo-cristiana”– por más que el antisemitismo haya jugado un papel fundamental, en el siglo XIX, en el proceso de construcción de los Estados nacionales⁶.

Esta nueva extrema derecha “desfastizada” adopta ahora la forma de populismo. El concepto, como todo el mundo sabe, es vago, elástico, ambiguo, incluso detestable cuando se utiliza para afirmar el desprecio aristocrático frente al pueblo. Mantiene que los avances electorales frecuentes de esta nueva extrema derecha prueban su capacidad de encontrar un consenso entre las clases trabajadoras y los más desfavorecidos. El populismo de derecha –Ernesto Laclau lo ha subrayado con acierto⁷– se alimenta de la confusión de un pueblo que ha sido abandonado por la izquierda, cuya tarea debería ser organizarlo y representarlo. El populismo, finalmente, es una categoría transversal que indica una frontera porosa entre la derecha y la extrema derecha. Si alguien tenía dudas a este respecto, Sarkozy se encargó de

⁶ Shlomo SAND, “From Judeophobia to Islamophobia. Nation-building and the construction of Europe”, *Jewish Quarterly*, 2010, n. 215.

⁷ Ernesto LACLAU, *La raison populiste*, Paris: Éditions du Seuil, 2008.

disiparlas después de su elección, de entrada creando un Ministerio de la Inmigración y la Identidad Nacional, después lanzando una campaña contra los Gitanos, detenidos y deportados en base a un censo étnico-racial, suscitando la aprobación entusiasta de numerosos representantes de las derechas europeas, *in primis* la derecha italiana. En el fondo, la lucha por la igualdad de derechos –evitando los conflictos estériles entre el nacionalismo republicano y el multiculturalismo comunitarista– ha retornado al orden del día, en este comienzo del siglo XXI, como lo hizo en el siglo XIX, cuando la burguesía liberal ascendente se oponía a la democracia restringiendo el sufragio por medio de elevadas barreras de clase, de género y de raza. Hoy en día, a pesar de las leyes promulgadas en varios países, las mujeres siguen estando infrarrepresentadas en el seno de nuestras instituciones; las clases populares desertan de las urnas, indiferentes frente a un sistema político que perciben como extraño, incluso hostil; la población inmigrante, finalmente, siguen estando excluidos de todo derecho. Aquí tenemos los rasgos. Estas son las señas de identidad de nuestra "mundialización feliz".

Las metamorfosis del racismo y de la xenofobia no pueden quedar sin consecuencias políticas. Si el antifascismo es un combate de una evidente actualidad en los nuevos países de la Unión Europea, donde asistimos hoy día al surgimiento de una extrema derecha nacionalista, antisemita y fascistizante, la situación es muy diferente en Occidente. Por supuesto, en un continente que ha conocido a Mussolini, Hitler y Franco, el antifascismo debería inscribirse en el código genético de la democracia como un elemento constitutivo de nuestra conciencia histórica. Luchar contra las nuevas formas de racismo y de xenofobia en nombre del antifascismo tiene el riesgo, sin embargo, de revelarse como un combate de retaguardia. El antifascismo ha cumplido su misión –en tanto que movimiento político organizado– en los años 80 y 90 del siglo pasado, cuando, especialmente en Francia, se ha enfrentado a la emergencia de una extrema derecha de matriz fascista (incluso aunque el contexto general no era ya el de los años 30 de ese siglo). Pero no se trata, hoy día, de defender una democracia amenazada. El racismo y la xenofobia presentan dos rostros, después de todo, complementarias: de una parte, la de las nuevas extremas derechas “republicanas” (protectoras de los “derechos” limitados por razones étnicas, nacionales o religiosas); de otra parte, las de las políticas gubernamentales (campos de retención para indocumentados, expulsiones planificadas, leyes que estigmatizan y discriminan las minorías étnicas o religiosas). Este nuevo racismo se acomoda a la democracia representativa, remodelándola desde el interior.

Así pues, habría que repensar la democracia misma, así como las nociones de igualdad de derechos y de ciudadanía, para volver a dar un impulso al antirracismo.

Traducción del francés: José A. Zamora.